

TEATRO ESPAÑOL

2) LOS UNIVERSITARIOS

Las agrupaciones teatrales universitarias van siendo cada vez más numerosas y desempeñan, en la hora actual del teatro, un papel de capital importancia: el de depurar y renovar la actividad escénica. Suelen estar dirigidas por eruditos y su repertorio—reducido, dada la escrupulosa selección que se hace de los textos—lo forman *piecitas* de los más diversos matices, *entremeses*, *pasos*, *autos sacramentales*, y alguna de las grandes producciones de la dramática clásica. Con este bagaje—materialmente pequeño, pero grande en espiritualidad—realizan los estudiantes su admirable labor.

Las consideraciones anteriores tienen su confirmación en nuestros grupos universitarios (Teatro de las Misiones, La Barraca) y en algunos extranjeros, tales como el de los «Théophiliens» (que hace poco tiempo actuó en Madrid), el «Teatro de la Juventud», en Alemania, y algún otro.

M. Gustave Cohen, catedrático de la Sorbona, dirige la compañía de los «Théophiliens», que debe su nombre a la primera obra que representaron, «Miracle de Théophile», de Rutebeuf. Este grupo se dedica a exhumar el teatro galo de los tiempos medievales, con trajes y decorados fielmente reproducidos de textos de la Edad Media y con música de la época; pero en lengua moderna. Su repertorio lo forman, además del ya citado *milagro*, «Jeu d'Adam et d'Eve», «Jeu de Robin et de Marion», «Dit de l'Herberie», y alguna otra producción del siglo XIII. Su labor, educadora y su arte no han quedado reducidos exclusivamente a Francia, sino que llegaron a Inglaterra, Bélgica, España, etc., ante la complacencia de los especialistas y el aplauso de la crítica.

El «Teatro de las Misiones» ha sabido remozar la carreta de «Angulo el Malo» y, ba-

EDITADO por Ramón Castellanos, Matías

Gotor, Eleazar Huerta, Emiliano

Moreno, José Ramírez Beú y

Enrique Soriano

jo la dirección de Alejandro Casona, lleva por los pueblos de Castilla nuestros *pasos* y *entremeses* del Siglo de Oro, por obra y gracia de los estudiantes madrileños.

La compañía de universitarios, más completa y disciplinada, la que más grande labor artística realiza, es «La Barraca». Dirigida por Ugarte y García Lorca—expurgadores de nuestro archivo dramático—ha merecido los máximos elogios de la crítica y el público españoles y la invitación para actuar en la Universidad de Oxford. Todas las obras que forman el repertorio han sido revisadas por los directores—de «Fuenteovejuna» sólo han destacado unas cuantas escenas—y sometidas a lentos y complicados ensayos. «El retablo de las maravillas», «La guarda cuidadosa», «Los dos habladores», y, últimamente, «El caballero de Olmedo» son, entre otras, las obras que representan. Si añadimos la preocupación escenográfica que siente «La Barraca», tendremos completa la visión de este grupo.

Los teatros de estudiantes realizan una estimable campaña en pro del arte, puesto que tratan de poner en contacto al pueblo con las obras maestras de la dramática clásica.

DEOGRACIAS LAGUNA

PRIMAVERA

La primavera llega como un ser magnífico y ardiente que se ha disuelto en la luz. En todo hay claridad de sonrisas extrañas y da comienzo la mudanza amiga. Sobre los campos se acaba de volcar la aurora y la brisa lleva hondos suspiros de amor de mujeres.

La primavera produce distintas reacciones. Estamos ante el poeta que siente esta impresión revolucionaria de su organismo como accidente sentimental. Canta la primera flor de los campos que brota en el almendro. La algarabía de los pájaros y el verdor fecundo acongojan su acento. Donde quiera que sus ojos se extasían, todo le dice ternura y su alma se siente sobrecogida del afecto infantil que la anfia.

Su reacción es triste, tan triste como la de aquel otro poeta que sólo la concibe en sí como evocación de recuerdos, de savia cargada de bálsamos e inquietudes remotas.

Sin embargo, volvemos la vista hacia otro en el que esta fuerza vital y embrionaria alienta su espíritu robusto: ve cómo se visten los campos de violetas y de rosas, cómo fluye el agua, cómo se funden luz y armonía. Su alma es espectadora de toda la naturaleza; canta su corazón la alegría del resurgir y su pensamiento vuela, en el cielo azul, henchido de inmensidad.

El poeta nos advierte que la primavera le induce a la alegría o la tristeza.

Si la primavera es un hecho externo que repercute en nosotros y florecemos con los anhelos, las actividades y el amor, nuestra existencia cuenta con una primavera floreciente: la juventud.

Durante su vigor, la poesía brota entre el hálito sensual. Llega dulcemente, aromada de perfumes exóticos, de bocas ardorosas, a la noche de luna y céfiros donde la voz senil fragua la charca del invierno.

Muchos poetas se extinguen en este instante: la juventud los anima y al pasar los destruye, tristemente.

¿Excepciones? Sí; otros brillan sin interrumpir este fervor de la sangre, lo que equivale a denotar al poeta en vibrante músculo a través del tiempo.

El mundo de la poesía cuenta con estos poetas fértiles y con otros tan definitivos que advierten cómo en ellos se abre una nueva juventud eterna, clara e inmensa sobre los grandes ríos de la vida.

Una juventud de las universidades, de los talleres, del campo, alumbra la sociedad; la gente se precipita: incendia, destruye o se lamenta. La juventud persiste, persiste la primavera repetida. Todo reacciona ante su presencia. ¿Es llegado el fin de nuestra historia? No. Es la reacción del hombre. Pero esta reacción se manifiesta... ¿cómo? Parcial si se quiere: en plena consciencia de la igualdad humana, o, tal vez, como siempre: temerosos de lo que ignoran, unos, y otros en plena integridad de sí mismo, con el impulso de la primavera en el corazón.

¿La primavera es tristeza? ¿La primavera es alegría? No sé. Es algo pasajero y eterno, como la sonrisa rosa de la flor.

EMILIANO MORENO

♦ contra la poesía civil, la incivil, la social y la insocial

♦ contra los "ismos" y las capillas literarias

♦ contra los estériles y los agotados

♦ contra la poesía "voluntaria" y sus cómplices

♦ por la POESIA